



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

La edad se convierte en un extraordinario agente de vínculo en la adolescencia. Los adolescentes pasan más tiempo con sus pares y menos con la familia. Sin embargo, la mayor parte de los valores fundamentales de los adolescentes (como los de Jackie Robinson) permanecen cercanos a los de sus padres, más de lo que los adolescentes creen (Offer y Church, 1991). Aun cuando los adolescentes buscan compañía e intimidad en los pares, también buscan a los padres para tener una "base segura" desde la cual desplegar sus alas (Laursen, 1996).

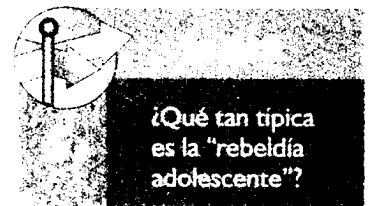
¿Es un mito la rebeldía adolescente?

Los años adolescentes han sido llamados la época de la **rebeldía adolescente**, incluidos la confusión emocional, el conflicto con la familia, la alienación de la sociedad adulta, el comportamiento imprudente y el rechazo de los valores de los adultos. Sin embargo, la investigación sobre adolescentes en los Estados Unidos y otros países del mundo indica que de cada 5 adolescentes, sólo 1 sigue este patrón, por lo menos entre aquellos que permanecen en la escuela (Brooks-Gunn, 1988; Offer, 1987; Offer, Ostrov y Howard, 1989; Offer, Ostrov, Howard y Atkinson, 1988; Offer y Schonert-Reichl, 1992).

La idea de la rebeldía adolescente puede haber surgido en la primera teoría formal sobre la adolescencia, formulada por el psicólogo G. Stanley Hall, quien creía (1904-1916) que los esfuerzos de los jóvenes por ajustarse al cambio cultural y a las exigencias inminentes de la edad adulta anunciaban un periodo de "tormenta y estrés", originando conflictos entre las generaciones. Sigmund Freud (1935-1953) y su hija Anna Freud (1946) afirmaron que la "tormenta y estrés" era universal e inevitable, y que nacía del resurgir de la atracción sexual temprana hacia los padres. Sin embargo, la antropóloga Margaret Mead (1928, 1935), quien estudió la adolescencia en las islas del Pacífico Sur, concluyó que cuando una cultura proporciona una transición gradual y serena de la niñez a la adultez, la "tormenta y estrés" no es típica. Esta observación se vio apoyada más tarde por la investigación llevada a cabo en 186 sociedades preindustriales (Schlegel y Barry, 1991).

En la actualidad, parece que la rebeldía total no es normal, ni siquiera en las sociedades occidentales, por lo menos entre los jóvenes de clase media que asisten a la escuela. En los estudios clásicos, Daniel Offer (1969) encontró un alto nivel de disputas por asuntos sin importancia entre jóvenes de 12 y 14 años y sus padres, pero poca confusión. Menos de una quinta parte de estos jóvenes experimentaron una adolescencia difícil (Offer y Offer, 1974). De manera semejante, investigaciones más recientes indican que sólo entre el 15 y el 25% de las familias que tienen hijos adolescentes informaron tener conflictos significativos, y muchas de ellas habían tenido problemas antes que los niños llegaran a los 13 años (W. A. Collins, 1990; J. P. Hill, 1987; Offer *et al.*, 1989). Aunque los adolescentes pueden desconfiar de la autoridad de los padres con alguna regularidad, las emociones que acompañan esta transición normalmente no conducen a conflictos familiares de mayores proporciones ni a un rompimiento radical con las normas paternas o sociales (Arnett, 1999; Offer y Church, 1991; Offer *et al.*, 1989). La mayoría de los jóvenes se sienten cercanos a sus padres y son positivos frente a ellos, comparten opiniones semejantes sobre aspectos importantes y valoran su aprobación (J. P. Hill, 1987; Offer *et al.*, 1989; Offer *et al.*, 1987). La "rebeldía adolescente" con frecuencia es el origen de una serie de pequeños altercados.

Sin embargo, la adolescencia –por lo menos en las familias occidentales de clase media– puede ser una época difícil. En dicha etapa, el conflicto familiar, los cambios de humor y los comportamientos de riesgo son más comunes que durante otras etapas de la vida (Arnett, 1999). A pesar de las amplias diferencias individuales, los estados de ánimo negativos y la depresión tienden a incrementarse durante estos años (Larson y Lampman-Petratis, 1989; Petersen *et al.*, 1993; véase el capítulo

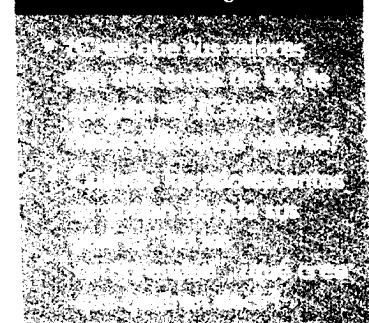


¿Qué tan típica es la "rebeldía adolescente"?

rebeldía adolescente

Patrón de confusión emocional, característico de una minoría de adolescentes, que puede incluir conflicto familiar, alienación de la sociedad adulta, comportamiento imprudente y rechazo de los valores de los adultos.

Considere lo siguiente...



10). Muchos adolescentes se sienten tímidos, avergonzados, torpes, solitarios, nerviosos o ignorados (Larson y Richards, 1994). Y aunque no todos conducen bajo los efectos de algunas drogas, no consumen droga ni realizan actividades sexuales no protegidas, la mayoría asume riesgos ocasionales (Arnett, 1999).

¿Hasta qué punto tal comportamiento depende de los cambios biológicos en la pubertad? Los cambios hormonales probablemente contribuyen a la volatilidad emocional, en especial durante la adolescencia temprana, pero su efecto parece pequeño y depender más de la interacción con otros factores. Algunos investigadores apuntan a que los genes pueden ser “encendidos” en esta época, a cambios en el desarrollo en la regulación emocional, a la agresividad y búsqueda de sensaciones, y a la privación de sueño, que a menudo se origina en la discrepancia entre las necesidades de sueño variables de los adolescentes y sus horarios escolares (Arnett, 1999; véase el capítulo 11).

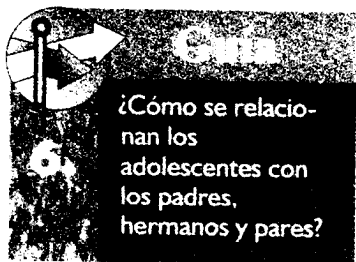
El hecho de que la “tormenta y estrés” no sea universal ni inevitable indica que su fuente principal no es biológica. La adolescencia es más difícil en culturas dominantes como la de los Estados Unidos, la cual destaca la individualidad y la necesidad de lograr la independencia. La tranquilidad relativa de la adolescencia en muchas sociedades tradicionales (en algunas subculturas minoritarias de los Estados Unidos) puede cambiar ante la adopción creciente de valores occidentales.

Reconocer que la adolescencia tiende a ser una época difícil puede ayudar a padres y maestros a tener en perspectiva el comportamiento difícil. Por otra parte, los adultos que suponen que la confusión adolescente es normal y necesaria pueden creer erróneamente que los adolescentes superaran los problemas con el tiempo y quizá no reconozcan cuándo necesita ayuda una persona.

EVALUACIÓN

¿Puede usted...

- ✓ evaluar el alcance de la rebeldía adolescente y de la tormenta y estrés durante los años adolescentes?



Cómo y con quién emplean el tiempo los adolescentes

¿Qué hacen los adolescentes en un día típico? ¿Con quién lo hacen y cómo se sienten por lo que están haciendo?

Según una investigación secuencial realizada entre 220 jóvenes blancos suburbanos de clase media y de clase obrera que portaban localizadores o bípens e informaban que los hacían sonar en todo momento, el tiempo que pasaban con las familias disminuyó drásticamente de 35% a 14% de horas diurnas entre los 10 y los 18 años (Larson, Richards, Moneta, Holmbeck y Duckett, 1996). Esta falta de contacto no es un rechazo a la familia sino una respuesta a las necesidades de desarrollo. Los adolescentes precoces con frecuencia se retiran a sus cuartos, pues parecen necesitar tiempo a solas para reponerse de las exigencias de las relaciones sociales, recuperar la estabilidad emocional y reflexionar sobre asuntos de la identidad (Larson, 1997). Los estudiantes de secundaria dedican mucho de su tiempo libre a estar con los pares, con quienes se identifican y se sienten a gusto (Larson y Richards, 1991).

La vida social y emocional de los adolescentes sigue un ciclo semanal. El fin de semana adquiere especial importancia en la secundaria, cuando los jóvenes tienen más libertad, gozan de más movilidad y dedican más tiempo a sus amigos, lejos del hogar (Larson y Richards, 1998). Los días escolares son menos divertidos y las veladas de fin de semana se convierten en “el punto emocional más alto de la semana” (p. 43). En general, las noches de viernes y sábados son para estar con un compañero amoroso o “explorando” con un grupo. Algunas veces estas fiestas son ocasiones para experimentar comportamientos de riesgo, como conducir temerariamente y consumir alcohol o drogas.

El carácter de las interacciones familiares cambia durante estos años. Los adolescentes y sus padres pueden dedicar menos tiempo que antes a ver televisión juntos, al igual que para dialogar –lo cual se nota más en las mujeres–. A medida que los adolescentes crecen, se ven a sí mismos dirigiendo las discusiones, y sus sentimientos sobre el contacto con los padres es más positivo (Larson *et al.*, 1996). En un estudio realizado entre 121 estudiantes de secundaria en escuelas rurales de Nueva Inglaterra (promedio de edad, diecisiete años), los adolescentes estaban tan

cercanos a sus madres como a sus amigos. La influencia de los padres era mucha aun cuando se reducía el contacto (Laursen, 1996).

Los adolescentes afroamericanos, que pueden ver a sus familias como protección frente a un mundo hostil, mantienen relaciones familiares más estrechas y relaciones menos intensas con los pares que los adolescentes blancos, de acuerdo con entrevistas realizadas a una muestra transversal de 942 adolescentes en Toledo, Ohio. Los adolescentes negros también tienden a ser flexibles cuando eligen a sus amigos, y menos dependientes de la aprobación de los pares (Giordano, Cernkovich y DeMaris, 1993).

Los jóvenes mexicoamericanos tienden a estar mucho más cerca a sus padres durante la pubertad, lo cual puede reflejar la naturaleza inusualmente estrecha de las familias mexicoamericanas y su mayor adaptabilidad al cambio. O, puesto que este patrón no aparece entre las mujeres, puede reflejar la importancia que las familias hispanas dan al papel masculino tradicional (Molina y Chassin, 1996).

Teniendo presente tales variaciones étnicas, observemos más de cerca las relaciones con los padres y luego con los hermanos y pares.

Adolescentes y padres

Así como los adolescentes experimentan tensión por la dependencia de sus padres y la necesidad de romper con ella, con frecuencia los padres también tienen sentimientos encontrados, pues, aunque desean que sus hijos sean independientes, les resulta difícil saber que se van. Los padres deben transitar una delgada línea situada entre el deseo de dar suficiente independencia a los adolescentes y protegerlos de los errores que pueden cometer debido a la inmadurez. Estas tensiones con frecuencia conducen a conflictos familiares, y los estilos de crianza pueden influir en la forma y las consecuencias de dichos conflictos. Así mismo, como sucede en la relación con los hijos más jóvenes, la situación de los padres –trabajo, situación matrimonial y socioeconómica– influye en las relaciones con los hijos adolescentes.

Conflicto familiar

Muchos de los conflictos familiares siguen el ritmo de crecimiento de los adolescentes hacia la independencia (Arnet, 1999). Las discusiones entre adolescentes y sus padres con frecuencia se centran en aspectos como “cuánto” o “qué tan pronto”: cuánta libertad necesitan los adolescentes para planear sus propias actividades o qué tan pronto pueden conducir el automóvil de la familia. Muchas discusiones giran alrededor de asuntos cotidianos: trabajos domésticos, trabajo escolar, vestido, dinero, quedarse fuera de casa, citas y amigos, y no sobre valores fundamentales (B. K. Barber, 1994). Sin embargo, algunos de estos asuntos “menores” son “pretextos” para discutir otros más serios como consumo de fármacos, conducción segura y sexo. Además, la acumulación de frecuentes “disputas” puede añadirse a una atmósfera familiar estresante (Arnet, 1999).

Los temas de conflicto son semejantes en las familias unidas o divorciadas (Smetana, Yau, Restrepo y Braeges, 1991) y en todos los grupos étnicos. Sin embargo, los padres blancos informan más disputas frecuentes con los adolescentes que los padres negros o hispanos, quienes tienden a imponer expectativas de comportamiento más elevadas como medio de supervivencia en la cultura mayoritaria (B. K. Barber, 1994). En Hong Kong, los adolescentes chinos de clase obrera, cuya cultura acentúa las obligaciones y la armonía familiares, informan menos conflictos con los padres que los adolescentes euroamericanos (Yau y Smetana, 1996).

El conflicto familiar es más frecuente durante la adolescencia temprana, pero más intenso en la mitad de la adolescencia (Laursen, Coy y Collins, 1998). La frecuencia de las disputas en la adolescencia temprana puede estar relacionada con las tensiones de la pubertad y la necesidad de afirmar la autonomía. Las disputas subidas de tono en la adolescencia intermedia y, en menor grado, durante la adolescencia tardía pueden reflejar las tensiones emocionales de los adolescentes cuando

EVALUACIÓN

¿Puede usted...



- ✓ identificar diferencias de edad y culturales en la manera como los jóvenes invierten su tiempo?

tratan de independizarse. La reducción de la frecuencia de los conflictos en la adolescencia tardía puede significar adaptación a los cambios momentáneos de los años adolescentes y una renegociación del equilibrio de poder entre padres e hijos, o quizá que los adolescentes mayores discuten menos con los padres simplemente porque pasan menos tiempo con ellos (Fuligni y Eccles, 1993; Laursen *et al.*, 1998; Molina y Chassin, 1996; Steinberg, 1988).

Estos patrones también varían debido a factores étnicos. En las familias afroamericanas rurales del sur, la religiosidad influye en los niveles de conflicto y cohesión familiar durante la preadolescencia y la adolescencia temprana. Los padres muy religiosos tienden a llevarse mejor entre sí y con sus hijos (Brody, Stoneman y Flor, 1996).

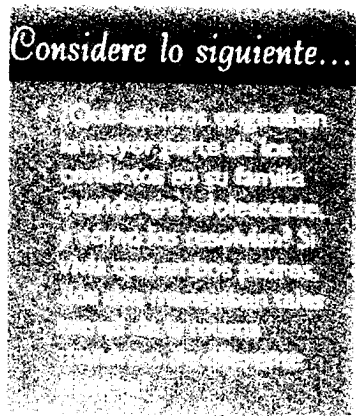
Los jóvenes asiaticoamericanos experimentan más conflictos familiares durante la adolescencia tardía que durante la adolescencia temprana, y sus percepciones de la calidez y comprensión de sus padres no parecen mejorar mucho como en las familias europeoamericanas. Esto quizá se debe a que las culturas asiáticas predicen el control de las emociones y las expectativas por el respeto y la obediencia. En edad de educación superior, cuando muchos europeoamericanos tienen ya renegociadas sus relaciones con los padres, los padres asiaticoamericanos y los adolescentes aún luchan por el control de los amigos, las actividades y la vida privada de los jóvenes (Greenberger y Chen, 1996). En ambas culturas, es muy probable que el conflicto se presente más con las madres que con los padres (Greenberger y Chen, 1996; Laursen *et al.*, 1998; Steinberg, 1981, 1987), quizás porque la mayoría de las madres están más estrechamente ligadas a sus hijos y pueden tener sentimientos encontrados al poner fin a esa relación.

Sin importar los factores étnicos, el nivel de disputa familiar parece depender en primer lugar de la personalidad de los adolescentes y del tratamiento que los padres les dan. Estos factores pueden explicar por qué algunas familias tienden a olvidar los desacuerdos mientras que en otras desembocan en confrontaciones más graves. Es muy probable que el desacuerdo se presente porque los padres creen que un adolescente tiene características de personalidad negativa (como genio vivo, mal genio o ansiedad) y una historia de comportamiento problemático, y porque los padres emplean disciplina coercitiva (B. K. Barber, 1994). Un estudio realizado entre 335 familias biparentales del medio oeste rural que tenían hijos adolescentes reveló que el conflicto disminuía en las familias cálidas que apoyaban a los hijos durante la época comprendida entre la adolescencia temprana y la adolescencia intermedia, pero empeoraba en una atmósfera familiar hostil, coercitiva o crítica (Rueter y Conger, 1995).

Estilos de crianza

Aunque los adolescentes son diferentes de los niños más jóvenes, la crianza democrática parece sentarles mejor (Baumrind, 1991). Los padres democráticos insisten en la importancia de las reglas, las normas y los valores, pero están dispuestos a escuchar, explicar y negociar; estimulan a los adolescentes a formar sus propias opiniones (Lamborn, Mounts, Steinberg y Dornbusch, 1991) y ejercen control apropiado sobre la conducta de los hijos, pero no sobre el sentido de sí de los hijos (Steinberg y Darling, 1994).

Demasiado estricta, la crianza autoritaria puede ser especialmente contraproducente cuando los hijos entran en la adolescencia y sienten la necesidad de ser tratados como adultos. Cuando los padres no se ajustan a esta necesidad, sus hijos pueden rechazar la influencia paterna y buscar el apoyo de los pares y la aprobación a todo costo. Entre 1,771 estudiantes de clase media, predominantemente blancos, de sexto y séptimo grados, aquellos que veían a sus padres como personas que les daban poca oportunidad para participar en las decisiones que los afectaban estaban dispuestos a hacer casi cualquier cosa para ganar populari-





La comunicación entre padres y adolescentes puede ser más natural cuando ambos se comprometen en búsquedas comunes. La mayoría de los adolescentes se sienten muy cercanos a sus padres y piensan de manera positiva con respecto a ellos, aprecian su aprobación y tienen valores semejantes en los temas importantes.

dad entre los pares, aunque esto significara romper las reglas familiares, olvidar el trabajo escolar y su propia capacidad. Esto no ocurría entre los estudiantes cuyos padres simplemente siguen sus actividades. En apariencia es la afirmación de poder la que provoca reacciones negativas, no la supervisión adecuada (Fuligni y Eccles, 1993). Los padres que se desilusionan por el comportamiento de los adolescentes son más efectivos para motivarlos a comportarse con responsabilidad que los padres que los castigan con dureza (Krevans y Gibbs, 1996).

La crianza democrática puede ayudar a los jóvenes a interiorizar normas que los protegen contra las influencias negativas de los pares y los abren hacia otras positivas. En un estudio realizado entre 500 estudiantes de noveno a undécimo grados, aquellos cuyos amigos cercanos eran consumidores de droga tendían a autorreportar incremento de su propio consumo de droga, lo cual ocurría menos en aquellos que tenían una imagen muy democrática de sus padres. Los adolescentes cuyos amigos cercanos eran buenos estudiantes tendían a mejorar sus calificaciones, pero eso era menos cierto en los estudiantes cuyos padres no eran democráticos (Mounts y Steinberg, 1995).

Efectos del modo de vida de los padres

En la actualidad muchos adolescentes viven en familias muy diferentes de las de hace unas pocas décadas. La mayoría de las madres, como la de Jackie Robinson, trabajan fuera del hogar y los adolescentes con frecuencia se cuidan a sí mismos después de salir de la escuela. Muchos jóvenes como Robinson viven con padres solteros; otros viven con padrastros. Muchas familias como la de Robinson pueden enfrentar estrés económico severo.

¿Cómo afecta la situación de estas familias a los adolescentes? Aquí puede entrar en juego una combinación de factores: por ejemplo, el impacto del empleo de la madre puede depender de si los dos padres o sólo uno viven en el hogar. Con frecuencia, una madre soltera debe trabajar para evitar el desastre económico; cómo afecta su trabajo al hijo adolescente puede depender de cuánto tiempo y energía ha dejado de dedicarle y qué clase de modelo de papel provee. A su vez estos factores pueden estar influenciados por otros: qué clase de trabajo tiene, cuántas horas trabaja, cuánto gana y qué tanta satisfacción le produce su trabajo (B. L. Barber y Eccles, 1992).

Empleo de los padres La mayoría de las investigaciones acerca de cómo afecta el trabajo de los padres a los adolescentes se centra en el empleo de las madres. Algunas investigaciones han encontrado que los hijos adolescentes de madres que trabajan tienden a estar mejor adaptados socialmente que otros adolescentes, se sienten mejor consigo mismos, tienen mayor sentido de pertenencia y se llevan mejor con las familias y los amigos. En el lado negativo, tienden a dedicar menos tiempo a los quehaceres domésticos y a la lectura, y más tiempo a ver televisión (Gold y Andres, 1978; Milne, Myers, Rosenthal y Ginsburg, 1986).

A los adolescentes quizá les guste sentirse más libres para dirigir sus propias actividades cuando sus madres están fuera de casa; sin embargo, son más susceptibles a la presión de los pares cuando tienen menos supervisión. Una encuesta realizada entre 3,993 estudiantes de noveno grado en seis distritos escolares del sudeste de California, quienes provenían de una amplia gama de contextos socioeconómicos y étnicos, halló que los estudiantes que no eran supervisados después de salir de la escuela tendían a fumar, beber, consumir marihuana o involucrarse en otros comportamientos de riesgo, a deprimirse y a obtener bajas calificaciones. Cuando los padres saben dónde están sus hijos, la falta de supervisión en sí misma no incrementa significativamente el riesgo de problemas, pero los riesgos aumentan cuando el seguimiento de los padres es menos consistente y cuando los jóvenes están sin supervisión muchas más horas. La falta de supervisión parece tener mayores efectos sobre las mujeres, que además son menos propensas que los jóvenes a tener problemas (Richardson, Radziszewska, Dent y Flay, 1993).

Cuando los padres se sienten abrumados por el trabajo, los conflictos con los hijos tienden a incrementarse. Las madres que se sienten sobrecargadas de trabajo tienden a brindar menos cariño y aceptación; con frecuencia, sus hijos presentan problemas de comportamiento (Galambos, Sears, Almeida y Kolaric, 1995). Cuando las madres están estresadas, las tensiones entre adolescentes y padres también se incrementan (Almeida y McDonald, 1998).

En los años de 1950, 1960 y 1970, cuando la mayoría de las madres que podían darse el lujo de permanecer en el hogar lo hacían, los hijos adolescentes de las que trabajaban mantenían actitudes menos estereotipadas hacia los papeles femeninos que los hijos de las madres que permanecían en el hogar. Las hijas de mujeres empleadas tenían más aspiraciones respecto a sus carreras y menos estereotipos de género para seleccionarlas, eran más sociables, obtenían puntajes altos en varias mediciones académicas y parecían mejor adaptadas a las mediciones sociales y de personalidad (L. W. Hoffman, 1979). En la actualidad, la condición laboral de la madre parece ser sólo uno de los muchos factores que determinan las actitudes de los adolescentes hacia los papeles femeninos (Galambos, Petersen y Lerner, 1988). De hecho, el empleo materno en sí mismo no parece afectar mucho a los adolescentes, pues sus efectos están filtrados por otros factores, como calidez en la relación (Galambos *et al.*, 1995) y satisfacción de la mujer con sus dos papeles. Los hijos adolescentes de madres que trabajan tienden a tener actitudes más flexibles hacia los papeles de género cuando tienen relaciones cálidas con sus madres; las hijas adolescentes muestran actitudes no estereotipadas cuando sus madres son felices con sus papeles (Galambos *et al.*, 1988).

Sorprendentemente, la más fuerte tipificación de género ocurre en familias cuyas madres son empleadas de tiempo completo. Las divisiones de género pueden ser más igualitarias durante la semana, cuando cada uno está ocupado en el trabajo o en la escuela. En los fines de semana (las mujeres con sus madres) hacen la mayor parte del trabajo doméstico y cuidan de los hermanos menores (Crouter y Maguire, 1998).

Estructura familiar Crecer en un hogar con los dos padres es una ventaja durante la niñez (remítase al capítulo 10), y continúa siéndolo durante la adolescencia, por lo menos para evitar comportamientos de riesgo. El análisis de datos de aproximadamente 22 mil jóvenes entre 12 y 17 años, realizado por la National Household Survey of Drug Abuse (1991, 1992 y 1993) reveló que los adolescentes que viven con los dos padres biológicos o adoptivos tienen menos probabilidad de consumir

alcohol, cigarrillos o drogas ilícitas, o desarrollar problemas asociados al consumo de esas sustancias que los que viven en otra estructura familiar (R. A. Johnson, Hoffmann y Gerstein, 1996).

No obstante, la crianza con padres divorciados o solteros no necesariamente genera problemas a los adolescentes. En verdad, una revisión de la literatura indica que pueden haber sido exagerados algunos de los efectos nocivos de vivir en un "hogar desintegrado" (B. L. Barber y Eccles, 1992). Por ejemplo, varios estudios han encontrado que los hijos de divorciados se desempeñan peor en la escuela que los hijos de familias biparentales. En la adolescencia, sin embargo, las diferencias son generalmente menores y pueden no existir cuando se mantienen constantes factores como la condición socioeconómica y el grado de conflicto paterno. De manera semejante, los hallazgos de baja autoestima y las diferencias en la actitud hacia los papeles de género son pequeñas, incoherentes o no concluyentes. Además, como muchos de estos estudios son transversales, no muestran los cambios ocurridos en el mismo joven antes y después del divorcio.

Al evaluar los efectos del divorcio y la crianza de solteros, se necesita tener en cuenta circunstancias particulares. Algunas veces el divorcio puede mejorar la situación al reducir la cantidad de conflicto en el hogar (remítase a la sección 10-1). Y aunque los efectos inmediatos de un rompimiento matrimonial pueden ser traumáticos, a largo plazo algunos adolescentes pueden beneficiarse de haber aprendido nuevas habilidades para enfrentar problemas, las cuales los tornan más competentes e independientes (B. L. Barber y Eccles, 1992).

El apoyo paterno puede ser más importante que la estructura familiar. En un estudio realizado entre 254 jóvenes afroamericanos urbanos, aquellos que vivían con una madre soltera no tenían más probabilidad de consumir alcohol o drogas, convertirse en delincuente, desertar de la escuela o tener problemas psicológicos que quienes vivían en hogares de familias extensas, recompuestas o biparentales. La única diferencia observada fue positiva: los hijos que viven en hogares de madres solteras reciben más amor de la madre que cualquier otro joven. Puede ser que madres como la de Jackie Robinson proporcionen apoyo para compensar la ausencia de los padres. No obstante, muchos papás también continúan involucrados en las vidas de los hijos, participación que fue relacionada con resultados positivos (M. A. Zimmerman, Salem y Maton, 1995).

Los adolescentes descubren que es muy difícil ajustarse al nuevo matrimonio de uno de los padres. En un estudio, los hijos entre 9 y 12 años de edad de familias recompuestas eran menos competentes social y escolarmente que los niños de familias no divorciadas; así mismo, tendían a ser disruptivos o deprimidos y reservados. Dos años después, mostraron poca mejoría (Hetherington y Clingempeel, 1992).

Estrés económico Uno de los problemas importantes en muchas familias monoparentales es el estrés económico. La pobreza puede complicar las relaciones familiares y perjudicar el desarrollo de los niños debido a su impacto en el estado emocional de los padres (remítase al capítulo 10). Los adolescentes también pueden experimentar los efectos indirectos de las dificultades económicas. Un estudio observó madres solteras afroamericanas de niños de séptimo y octavo grados de una ciudad del medio oeste que experimentaban muchos despidos en las fábricas. Las madres desempleadas, en especial aquellas que carecían de ayuda externa, tendían a deprimirse, percibían negativamente su papel maternal y castigaban a los hijos. Los jóvenes que veían deteriorarse sus relaciones con las madres tendían a deprimirse y a tener dificultad en la escuela (McLoyd, Jayaratne, Ceballo y Bohórquez, 1994).

Por supuesto, el estrés económico también puede afectar las familias biparentales. Entre 378 familias blancas intactas de un área rural de Iowa económicamente venida a menos, empeoraron los conflictos financieros entre padres y adolescentes por la depresión paterna y el conflicto matrimonial. Los padres que disputaban entre sí y con sus hijos por dinero tendían a ser hostiles y coercitivos, lo cual incrementó el riesgo de problemas en el comportamiento de los adolescentes (R. C. Conger, Ge, Elder, Lorenz y Simons, 1994).

EVALUACIÓN

¿Puede usted...

- ✓ identificar factores que afectan el conflicto con los padres?
- ✓ analizar el efecto de los estilos de crianza, el empleo, el estado civil y socioeconómico de los padres en los adolescentes?

Por otra parte, muchos adolescentes nacidos en familias afectadas por el estrés económico, como la de Jackie Robinson, se benefician del capital social acumulado (remítase al capítulo 11) y del apoyo de los parientes y la comunidad. El 51% de las familias afroamericanas urbanas pobres, en las que los adolescentes vivían con sus madres, abuelas o tías, las mujeres que tenían fuertes redes de parentesco tendían a ser psicológicamente saludables; lo mismo ocurría a los jóvenes. Cuanto más apoyo social recibía la mujer, mayor era la autoestima y aceptación de sus hijos. Las mujeres que tenían apoyo fuerte ejercían control más firme y un seguimiento más cercano, pero garantizaban la autonomía apropiada. Los adolescentes que estaban a su cargo confiaban más en sí mismos y tenían pocos problemas de comportamiento (R. D. Taylor y Roberts, 1995).

Adolescentes y hermanos

Cuando los adolescentes comienzan a alejarse de sus familias y a pasar más tiempo con sus pares, tienen menos tiempo y menos necesidad de la gratificación emocional que antes obtenían de los vínculos fraternales. Los adolescentes son menos apegados a los hermanos que a los padres o los amigos, están menos influenciados por ellos y se distancian aun más cuando avanzan en la adolescencia (Laurson, 1996).

Los cambios en las relaciones entre hermanos pueden preceder cambios semejantes en la relación entre adolescentes y padres: más independencia para los jóvenes y menos autoridad de la persona mayor. Cuando los niños entran a secundaria, las relaciones con sus hermanos se vuelven más igualitarias progresivamente. Los hermanos mayores ejercen menos poder sobre los más jóvenes y pelean menos con ellos (Buhrmester y Furman, 1990). Los adolescentes todavía demuestran familiaridad, afecto y admiración por sus hermanos y hermanas (Raffaelli y Larson, 1987), pero sus relaciones son menos intensas (Buhrmester y Furman, 1990).

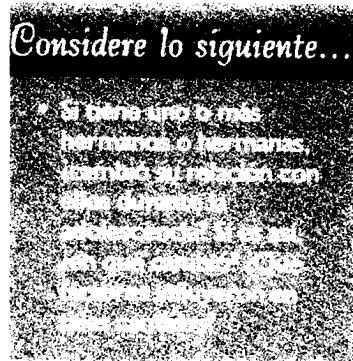
Estos cambios parecen consolidarse en la época en que los hermanos más jóvenes llegan a los 12 años (Buhrmester y Furman, 1990). En esta época, los hijos más jóvenes ya no necesitan tanta supervisión, y acortan las diferencias en competencia e independencia frente a sus hermanos mayores (un niño de 6 años es mucho más competente que uno de 3, pero un joven de 15 años y uno de 12 son casi igual de competentes).

Los hermanos mayores y los menores tienden a experimentar sentimientos diferentes frente a los cambios en su relación. Cuando el hermano menor crece, el hermano mayor tiene que ceder algo de su poder y estatus acostumbrados y quizá mire como una molestia engorrosa al hermano o a la hermana menor que trata de afirmarse. Por otra parte, los hermanos menores tienden a mirar a los hermanos mayores como hizo Jackie Robinson con su hermano Mack, y tratan de sentirse más "crecidos" identificándose y emulándolos (Buhrmester y Furman, 1990). Aún a los 17 años, es más probable que los hermanos menores pidan consejo sobre sus planes y problemas, que sean influenciados por los hermanos mayores y se sientan satisfechos por el apoyo que reciben de ellos, y no que ocurra lo contrario (Tucker, Barber y Eccles, 1997).

Los hermanos distanciados por más edad tienden a ser más afectivos entre sí y a llevarse mejor que aquellos que están más cercanos en edad. Los altercados y el antagonismo entre hermanos o hermanas cercanos en edad pueden reflejar intensa rivalidad puesto que sus capacidades son suficientemente semejantes como para ser comparadas con frecuencia por ellos mismos y por otras personas. Los hermanos del mismo sexo habitualmente son más unidos que un hermano y una hermana (Buhrmester y Furman, 1990).

Adolescentes y pares

Como descubrió Jackie Robinson, el creciente número de relaciones de las personas jóvenes con los pares es una importante fuente de apoyo emocional durante la compleja transición de la adolescencia, así como una fuente de presión para el comportamiento que los padres no desean aceptar.



EVALUACIÓN

¿Puede usted...

- ✓ describir los cambios típicos en las relaciones fraternales durante la adolescencia?





El grupo de pares es una fuente importante de apoyo emocional durante la adolescencia. Los jóvenes que experimentan cambios físicos rápidos se sienten más tranquilos con los pares que experimentan cambios semejantes.

Los adolescentes que experimentan cambios físicos rápidos se sienten bien al estar con otros que experimentan cambios semejantes. Los adolescentes que desafían las normas de los adultos y la autoridad paterna se sienten satisfechos de buscar el consejo de los amigos que están en su misma situación. Los adolescentes que cuestionan la validez de los padres como modelos de comportamiento, aunque no están suficientemente seguros de sí mismos para permanecer solos, buscan a los pares para mostrarles qué está "in" y qué está "out". El grupo de pares es una fuente de afecto, simpatía, comprensión y guía moral, un lugar para la experimentación y un entorno para lograr la autonomía y la independencia de los padres. Es un lugar para establecer relaciones íntimas que sirven como "prueba" para la intimidad adulta (Buhrmester, 1996; Coleman, 1980; Gecas y Seff, 1990; Laursen, 1996; P. R. Newman, 1982).

Estatus del grupo de pares

En algunos estudios sociométricos, generalmente se pide a los niños que nombren los compañeros de clase que más les agradaban y aquellos que menos les agradaban. Tales estudios han identificado cinco *grupos de estatus de pares*: *popular* (jóvenes que reciben comentarios muy positivos), *rechazado* (aquellos que reciben comentarios muy negativos), *olvidado* (aquellos que casi no reciben comentarios de ningún tipo), *controversiales* (aquellos que reciben muchos comentarios positivos y muchos comentarios negativos) y *normales* (aquellos que no reciben cantidades extraordinarias de comentarios de ningún tipo).

Un estudio realizado entre 1,041 preadolescentes (entre 10 y 12 años) y 862 adolescentes (entre 13 y 16 años) en el norte de Grecia empleó esta técnica junto con las clasificaciones del profesor y las autoclasificaciones de los estudiantes (Hatzichristou y Hopf, 1996). A los jóvenes también se les pidió que nombraran dos compañeros de clase que encajaran mejor en ciertas descripciones de comportamiento (por ejemplo, "pelea frecuentemente con otros estudiantes", "querido por todos y ayuda a todos" o "tiene problemas con el profesor"). Al combinar y comparar las diversas evaluaciones, los investigadores pudieron elaborar retratos de adolescentes rechazados, olvidados y controversiales.

Al igual que en los estudios llevados a cabo en los Estados Unidos, los jóvenes *rechazados* tenían los mayores problemas de adaptación, dificultades académicas y bajos logros en los puntajes de la prueba. Los jóvenes rechazados, en especial los más jóvenes, tendían a ser agresivos y antisociales; era muy probable que las muje-

res fueran tímidas, aisladas y tristes y tuvieran autoimagen negativa. Las últimas características también eran típicas de los jóvenes rechazados en la escuela media y en la escuela secundaria, en apariencia porque la timidez y la sensibilidad se convierten en una desventaja social a medida que el joven avanza en la adolescencia (remítase a la sección 10-2).

El grupo de los *olvidados* –que en la edad de la escuela secundaria incluía más hombres que mujeres– no era muy diferente del normal, excepto en que eran menos prosociales y tenían más dificultades de aprendizaje, lo cual contribuyó a tener una autoimagen pobre. Las transiciones de la escuela elemental a la escuela junior y de ésta a la secundaria parecen particularmente difíciles para los rechazados y olvidados.

Los jóvenes *controversiales* con frecuencia eran juzgados de modo diferente por profesores y pares. Puesto que el grupo controversial tendía a desempeñarse bien en la escuela, los profesores no creían que tuvieran problemas de comportamiento. Los pares, especialmente en la escuela elemental, con frecuencia afirmaban que las mujeres ubicadas en esta categoría tenían buen comportamiento pero eran presuntuosas y arrogantes, lo cual quizá refleja la tendencia de las mujeres a formar grupos de amigas en esta edad. Los varones eran tildados de agresivos y antisociales, pero también se decía que eran líderes, quizá porque los pares esperaban y aceptaban la agresividad de los varones. En la escuela secundaria, las mujeres situadas en la categoría controversial eran mejor aceptadas que antes y también eran vistas como líderes.

Amistades

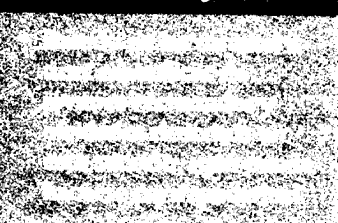
Las amistades son radicalmente diferentes de las relaciones familiares; son más igualitarias que las relaciones con los padres –que mantienen gran poder– o con los hermanos, quienes generalmente son mucho mayores o muy jóvenes. Las amistades se basan en la elección y el compromiso. Por esa misma razón, son más inestables que las relaciones familiares. La conciencia de que los amigos son distintos y que cuesta mantenerlos surge en la adolescencia. Los adolescentes discuten con menos vehemencia y resuelven los conflictos con más equidad con los amigos que con los miembros de la familia, quizá porque descubren que ser muy conflictivos podría costarles un amigo (Laursen, 1996).

Los adolescentes, al igual que los niños más jóvenes, tienden a escoger amigos que sean como ellos, y a la vez los amigos influyen entre sí para ser aún más parecidos (Berndt, 1982; Berndt y Perry, 1990). Los amigos generalmente son de la misma raza (Giordano *et al.*, 1993) y tienen estatus semejantes en el grupo de pares (Berndt y Perry, 1990).

Los padres tienen mucha influencia indirecta en la elección de los amigos de los adolescentes. En un estudio realizado entre 3,781 estudiantes de escuela secundaria (B. B. Brown, Mounts, Lamborn y Steinberg, 1993), la forma como los padres monitoreaban el comportamiento de los adolescentes y el trabajo escolar, estimulaban los logros y permitían tomar decisiones conjuntas estaba relacionado con los logros académicos, el consumo de droga y la confianza en sí mismos. A su vez, estos comportamientos se asociaban a categorías establecidas para tales grupos de pares: “populares, entusiastas, cerebros, normales, drogadictos e inútiles” (p. 471).

La intensidad e importancia de las amistades, así como el tiempo dedicado a los amigos, son probablemente mayores en la adolescencia que en cualquier otra etapa de la vida. Las amistades son más recíprocas. Los adolescentes empiezan a confiar más en los amigos que en los padres en cuanto a intimidad y apoyo. En esta época los amigos creen que la lealtad es muy importante, y son más confidentes que los amigos más jóvenes. La intimidad, la lealtad y el compartir son características de la amistad adulta; su aparición en la adolescencia marca la transición hacia este tipo de relaciones (Berndt y Perry, 1990; Buhrmester, 1990, 1996; Hartup y Stevens, 1990; Laursen, 1996). La intimidad con amigos del mismo sexo se incrementa desde la adolescencia temprana hasta la adolescencia intermedia, después de la cual generalmente disminuye a medida que se desplaza hacia adolescentes del otro sexo (Laursen, 1996).

Considere lo siguiente...



La intimidad creciente de la amistad adolescente refleja el desarrollo cognitivo. Ahora los adolescentes pueden expresar mejor sus pensamientos y sentimientos privados; también pueden considerar sin mucha dificultad los puntos de vista de otra persona y, en consecuencia, se les facilita comprender los pensamientos y sentimientos de los amigos. La comprensión de la intimidad refleja la temprana preocupación de los adolescentes por conocerse a sí mismos. Contar en un amigo ayuda a los jóvenes a explorar sus propios sentimientos, definir su identidad y descubrir su propia valía. La amistad proporciona un lugar seguro para expresar opiniones, admitir debilidades y obtener ayuda para enfrentar los problemas (Buhrmester, 1996).

La capacidad de intimidad está relacionada con el ajuste psicológico y la competencia social. Los adolescentes que tienen relaciones estrechas, estables y que brindan apoyo generalmente tienen una buena opinión de sí mismos, se desempeñan bien en la escuela, son sociables y tienen menos probabilidad de ser hostiles, ansiosos o deprimidos (Berndt y Perry, 1990; Buhrmester, 1990; Hartup y Stevens, 1999). Parece desarrollarse un proceso de dos direcciones: las buenas amistades fomentan la adaptación, la cual a su vez fomenta buenas amistades.

En la adolescencia, la amistad requiere habilidades sociales más avanzadas que en la niñez. Debido a que la amistad se orienta más a la conversación, los adolescentes deben ser capaces de iniciar y sostener conversaciones; así mismo, necesitan saber cómo conseguir amigos, llamarlos y hacer planes, cómo manejar los conflictos y los desacuerdos, cómo y cuándo compartir confidencias y cómo y cuándo ofrecer apoyo emocional. Las amistades ayudan a los adolescentes a desarrollar estas habilidades ofreciéndoles oportunidades para emplearlas y retroalimentar su efectividad (Buhrmester, 1996).

Compartir confidencias y recibir apoyo emocional parecen más vitales para las amistades femeninas que para las amistades masculinas durante la adolescencia y a lo largo de la vida. Las amistades de los varones se centran menos en la conversación que en la actividad compartida, habitualmente deportes y juegos de competición (Blyth y Foster-Clark, 1987; Buhrmester, 1996; Bukowski y Kramer, 1986). Los jóvenes se sienten mejor que los jóvenes después de contar a un amigo una experiencia interesante; los varones pueden expresar apoyo realizando actividades juntos (Denton y Zarbatany, 1996). Como se ha observado, los varones tienden a ganar autoestima a través de la competencia con los amigos y las mujeres, ayudándolos.

Dificultades de los adolescentes: comportamiento antisocial y delincuencia juvenil

¿Qué influye en los jóvenes para sumarse a la violencia o rechazarla (véase sección 12-2), o para realizar otros actos antisociales? ¿Qué factor determina si un delincuente juvenil crecerá para ser un criminal mayor o no?

A medida que se examinan las raíces de la delincuencia, es necesario hacer una importante distinción. Algunos adolescentes cometen actos antisociales ocasionalmente. Un pequeño grupo de delinquentes crónicos (en forma repetida) habitualmente cometen actos antisociales graves, como robar, incendiar, robar en casas o automóviles, destruir la propiedad, ejercer crueldad física y violación. Los delinquentes crónicos son responsables de muchos crímenes juveniles y probablemente continúen su actividad criminal en la edad adulta (Yoshikawa, 1994). Los adolescentes agresivos –o que tuvieron dificultades cuando eran más jóvenes–, mentirosos, haraganes, ladrones o de bajo desempeño escolar tienen más probabilidad que otros adolescentes de convertirse en delinquentes crónicos (Loeber y Dishion, 1983; Yoshikawa, 1994).

¿Cómo aumentan gradualmente los “comportamientos problemáticos” hasta desembocar en delincuencia crónica, una etapa que Jackie Robinson logró evitar? La investigación apunta a patrones tempranos de interacción padre-hijo que abonan el camino a la influencia negativa de los pares, la cual refuerza y promueve el comportamiento antisocial. Las características del barrio donde viven los adolescentes también desempeñan un papel importante.

EVALUACIÓN

¿Puede usted...

- ✓ describir las características que afectan la popularidad de los adolescentes?
- ✓ analizar características importantes de las amistades de los adolescentes?



¿Cuáles son las causas del comportamiento antisocial y la delincuencia juvenil, y qué puede hacerse para reducir éste y otros riesgos de la adolescencia?

El 20 de abril de 1999, Eric Harris de 18 años y Dylan Klebold de 17 entraron en Columbine High School en Littleton, Colorado, con vestimentas negras y un rifle, una pistola semiautomática, dos escopetas recortadas y más de treinta bombas de fabricación casera. Riendo y burlándose, empezaron a disparar contra los estudiantes y mataron a doce compañeros de clase y a un profesor antes de suicidarse.

La masacre de Littleton fue sólo un eslabón de una cadena de incidentes que conforman lo que se ha denominado epidemia de violencia juvenil. Entre 1985 y 1995, el número de asesinatos con armas de fuego cometidos por jóvenes en los Estados Unidos se elevó en 249% (Federal Bureau of Investigation, 1995).

El estallido actual de violencia juvenil ha sido atribuido a tendencias sociales que afectan la atmósfera en la que crecen los jóvenes (Staub, 1996): el aumento de divorcios y de padres solteros, los papeles variables de género, el consumo de droga, el desempleo y la pobreza debido a fluctuaciones económicas, los prejuicios y la discriminación étnica. Algunos académicos señalan la carencia de estructuras en el hogar, el debilitamiento de los valores y las normas, la disciplina severa, abuso y olvido, y el conflicto familiar; todos ellos reflejo de la violencia en la sociedad adulta.

Los padres y profesores de Littleton parecen no haberse dado cuenta de que Harris y Klebold representaban una seria amenaza, pero los psicólogos hablan de señales potenciales de alerta que podrían evitar tragedias futuras. Los adolescentes que tienen probabilidad de cometer actos violentos con frecuencia se rehúsan a escuchar a las figuras de autoridad, como padres y profesores, ignoran los sentimientos y los derechos de los demás, maltratan a las personas, confían en la violencia o recurren a ella para resolver problemas y creen que la vida los ha tratado mal, tienden a desempeñarse mal en la escuela, faltan a clases

y son haraganes, no aprueban el año o abandonan la escuela, consumen alcohol, sustancias inhalantes y drogas, conforman pandillas y atacan, roban o destruyen la propiedad (American Psychological Association y American Academy of Pediatrics [AAP], 1996).

En 3 de cada 4 asaltos o asesinatos cometidos por jóvenes, los agresores son miembros de pandillas (American Psychological Association, sin fecha). Para muchos adolescentes, las pandillas satisfacen las necesidades de identidad y contacto y los sentimientos de poder y control. Para los jóvenes que carecen de relaciones familiares positivas, una pandilla puede ser una familia sustituta. Las pandillas proporcionan un sentido de "nosotros contra ellos"; la violencia contra los que "están afuera" va acompañada de vínculos de lealtad y apoyo dentro la pandilla (Staub, 1996).



Estas jóvenes de 16 años se consuelan entre sí tras un accidente en que murieron muchos de sus compañeros.

Influencias paternas

Las influencias paternas y las prácticas de crianza ayudan a desarrollar comportamiento prosocial o antisocial al satisfacer o no las necesidades emocionales básicas de los niños (Krevans y Gibbs, 1996; Staub, 1996). Los padres de delincuentes crónicos no reforzaron con frecuencia el buen comportamiento en la infancia temprana y fueron crueles o incoherentes, o ambas cosas, al castigar los malos comportamientos. Estos padres tampoco se han involucrado estrecha y positivamente en la vida de los hijos (G. R. Patterson, DeBaryshe y Ramsey, 1989). Los niños pueden obtener beneficios del comportamiento antisocial: pueden llamar la atención u obtener provecho propio.

La crianza poco efectiva tiende a continuar en la adolescencia. En esta edad, el comportamiento antisocial se relaciona estrechamente con permisividad de los padres y con la incapacidad para estar al tanto de las actividades de los hijos (G. R. Patterson y Stouthamer-Loeber, 1984). Un estudio longitudinal de 132 familias blancas halló que la manera como las madres se comunican con los adolescentes más

La violencia y el comportamiento antisocial tienen raíces en la niñez. Es probable que los niños de 8 años, que son inusualmente agresivos en la escuela, sean antisociales en la adolescencia y la edad adulta (American Psychological Association Commission on Violence and Youth, 1994). Los niños criados en una atmósfera de rechazo o coercitiva, o en otra permisiva o caótica, tienden a mostrar comportamiento agresivo, y la hostilidad que ellos provocan en los otros incrementa su propia agresión. Su imagen negativa les impide tener éxito en la escuela o desarrollar otros intereses constructivos, y generalmente se asocian con pares que refuerzan sus actitudes y comportamiento antisociales (Staub, 1996). Los jóvenes que son impulsivos o temerosos, tienen bajo CI o dificultades de aprendizaje, también pueden estar propensos a la violencia. Es muy probable que los jóvenes que viven en barrios pobres e inestables se vean envueltos en actos de violencia, una de las razones para que el incidente de Columbine, una escuela suburbana de clase media, fuera tan impactante (American Psychological Association, sin fecha).

Por supuesto que no todos los jóvenes que crecen en circunstancias difíciles son violentos. Entre los factores que contribuyen a la adaptación (remitase al capítulo 10) están los modelos positivos de papel, el vínculo estrecho de confianza con uno de los padres u otro adulto, las relaciones de apoyo con profesores y pares, el desarrollo de la autoestima y la autoeficacia, las habilidades sociales, la habilidad para refugiarse en pasatiempos, el trabajo o las actividades artísticas y el sentido de control sobre la propia vida (American Psychological Association, sin fecha).

Es muy probable que los adolescentes sean violentos si han sido testigos o han sido víctimas de la violencia, como abuso físico o peleas en los barrios. Demasiada exposición a la violencia de los medios produce un efecto significativo al insensibilizar a lectores y televidentes frente a la violencia y presentar situaciones en que la agresión se

recompensa o justifica (American Psychological Association, sin fecha; Strasburger y Donnerstein, 1999; véase capítulo 10). Uno de cada cinco videos musicales de rock refleja la violencia manifiesta, y en uno de cada cuatro aparecen personas que portan armas (DuRant *et al.*, 1997). La contribución de los medios masivos de comunicación a la violencia en la vida real ha sido estimada entre 5 y 15% (Strasburger y Donnerstein, 1999).

Por fortuna, a pesar de las tragedias ocasionales bastante publicitadas como la de Littleton, existen signos de que la epidemia de violencia juvenil está disminuyendo. Entre 1991 y 1997 el porcentaje de estudiantes de secundaria del país que informaron portar armas descendió en 30%, de casi 26% a 18%. También hubo reducciones en ataques físicos y lesiones autorreportadas (Brener, Simon, Krug y Lowry, 1999).

Los programas exitosos de prevención han dado a los padres apoyo para reducir el estrés que produce la crianza de los hijos (American Psychological Association, sin fecha) y entrenamiento en las habilidades de socialización. Las prácticas de aprendizaje cooperativo en escuelas y la educación multicultural pueden crear un sentido de comunidad y reducir la mentalidad de nosotros frente a ellos. Dar a los jóvenes verdaderas responsabilidades y la oportunidad de participar en el establecimiento de reglas puede ayudarles a comprender que el comportamiento individual afecta el grupo (Staub, 1996). Algunas sugerencias prácticas y específicas para los padres de niños mayores y adolescentes son limitarlos y estar pendiente de ellos cuando ven televisión, estimular su participación en actividades deportivas y otras actividades supervisadas después de salir de la escuela, utilizar métodos no físicos para mantener la disciplina –darles razones–, mantener descargadas y con seguro las armas de fuego y enseñar a los jóvenes a detener la violencia cuando sean testigos de ella (American Psychological Association, y AAP, 1996).

jóvenes en temas como la limpieza del cuarto puede servir para predecir si él o ella desarrollarán comportamientos delincuentes graves a la edad de 19 años. Las tasas más altas de arrestos y condenas se presentan en familias en las que la escasa comunicación materna y la poca habilidad para resolver problemas se unieron al conflicto paterno, el divorcio o la depresión de la madre (Klein, Forehand, Armistead y Long, 1997).

El comportamiento de los adolescentes también puede estar influenciado directamente por el estilo de crianza que reciben sus amigos. Entre 4,431 estudiantes de secundaria de varios contextos étnicos era más probable que aquellos cuyos amigos describían a sus padres como democráticos se desempeñaran bien en la escuela y menos probable que consumieran drogas o tuvieran dificultades con la ley. Esto se sumó al efecto del estilo de crianza que recibe una persona joven (Fletcher, Darling, Steinberg y Dornbusch, 1995). En apariencia, los padres democráticos tienden a criar adolescentes bien adaptados, que buscan como amigos a otros adolescentes bien adaptados. Así, el grupo de pares refuerza los resultados benéficos de una crianza efectiva.

Influencias de los pares

¿Cuánto contribuye el grupo de pares a la delincuencia en los adolescentes? Con frecuencia los padres se preocupan porque los hijos “se encuentran con el grupo equivocado”. Si bien es cierto que los jóvenes que consumen drogas, abandonan la escuela y cometen actos delincuenciales hacen todo esto en compañía de los amigos, usualmente no “son arrastrados por el grupo” sino que son ellos quienes tienden a buscar amigos de su misma condición. Los jóvenes antisociales tienden a tener amigos antisociales y su comportamiento antisocial se incrementa cuando se asocian entre ellos (Dishion, McCord y Poulin, 1999; Hartup y Stevens, 1999).

En los primeros grados, los niños que tienen problemas de comportamiento tienden a obtener malos resultados escolares y a llevarse mal con los compañeros de clase que se comportan bien. Los jóvenes impopulares que tienen bajos logros escolares se buscan entre sí y experimentan influencia recíproca para comportarse aún peor (G. R. Patterson, Reid y Dishion, 1992). El agrupamiento de estudiantes con capacidades académicas semejantes en el mismo salón (efecto de arrastre) puede empeorar los problemas al reunir jóvenes antisociales que tienen bajos logros académicos (Dishion, Patterson, Stoolmiller y Skinner, 1991).

Una persona joven con tendencia moderada a descarriarse puede ser empujada aún más en esa dirección al asociarse con pares descarriados. En un estudio de 868 jóvenes de bajos ingresos en Montreal, los que a la edad de 11 y 12 años habían sido identificados por los profesores como ligeramente disruptivos en clase tenían más probabilidad de ser delincuentes a los 13 si habían tenido amigos clasificados por los padres como muy agresivos y perturbadores (Vitaro, Tremblay, Kerr, Pagani y Bukowski, 1997).

El lenguaje antisocial que los adolescentes utilizan para conversar entre sí constituye una especie de “entrenamiento para el descarrío”. Riendo, asintiendo o mostrando otras reacciones positivas frente a la conversación sobre el rompimiento de reglas, refuerzan entre sí el comportamiento antisocial; los jóvenes que no muestran tendencias antisociales ignoran tal conversación. En Oregon, cuando los investigadores grabaron en video discusiones de 25 minutos entre 206 jóvenes y sus amigos de entre 13 y 14 años, las conversaciones –caracterizadas por el entrenamiento para el descarrío– predecían un incremento de la probabilidad de delincuencia, consumo de drogas y comportamiento violento a los 15 y 16 años. Aún más, el entrenamiento para el descarrío explicó 35% de la variación en la mala adaptación de los adultos cinco años después (Dishion *et al.*, 1999).

Influencias del barrio

La delincuencia como conducta criminal de los adultos tiende a concentrarse en los barrios suburbanos pobres y superpoblados que tienen malos servicios de vivienda, altas tasas de desempleo y están habitados por miembros de las minorías o por inmigrantes recientes (NRC, 1993a; Yoshikawa, 1994). No obstante, los vecinos que se unen para ejercer control social informal –manteniendo vigilados a los hijos de los demás, reprendiendo a los adolescentes que vagan en las esquinas de las calles acosando transeúntes, exigiendo servicios comunitarios básicos, como la protección policial, y haciendo valer las normas de urbanización– pueden ayudar a detener la delincuencia (Sampson, 1997; Sampson, Raudenbush y Earls, 1997).

Proyectos a largo plazo

La mayoría de los delincuentes juveniles no se convierten en adultos criminales; con el tiempo, muchos de los que no son delincuentes de riesgo simplemente olvidan sus “excesos juveniles” (L. W. Shannon, 1982). La delincuencia alcanza su máxima expresión a los 15 años y luego declina, a diferencia del consumo de alcohol y la actividad sexual, que se acentúan con la edad (remítase a la figura 11-1). Puesto que el consumo de alcohol y la actividad sexual son comportamientos aceptados en la vida adulta, no es sorprendente que, cuando crecen, los adolescentes quieran

involucrarse en ellos (Peterson, 1993). El comportamiento antisocial inaceptable en la edad adulta puede disminuir a medida que la mayoría de los adolescentes y sus familias llegan a un acuerdo respecto a la necesidad de independencia de los jóvenes. Los adolescentes de medianos y altos ingresos pueden experimentar comportamientos problemáticos y luego abandonarlos, pero los adolescentes de bajos ingresos, que no ven alternativas positivas, tienen más probabilidad de adoptar un estilo de vida antisocial permanente (Elliott, 1993). Cuando un joven observa que las únicas personas ricas del barrio son los traficantes de droga, puede sentirse seducido a llevar una vida criminal.

Prevención de la delincuencia

Puesto que la delincuencia juvenil parece tener raíces tempranas en la niñez, es necesario realizar actividades de prevención en esa edad. Los jóvenes que han experimentado una crianza deficiente corren menos riesgo si sus padres obtienen apoyo comunitario efectivo. Los programas efectivos atacan los múltiples factores de riesgo que pueden conducir a la delincuencia (Yoshikawa, 1994; Zigler, Taussig y Black, 1992).

En la investigación se encontró que los adolescentes que participaron en ciertos programas de intervención durante la niñez tenían menos probabilidad de tener problemas con la ley (Yoshikawa, 1994; Zigler *et al.*, 1992). Por ejemplo, el proyecto de Perry School (remítase a los capítulos 7 y 9), orientado a preparar a los niños para la escuela, tenía un "efecto de bola de nieve". Los profesores tenían actitud más positiva hacia los niños mejor preparados, a los niños les gustaba más la escuela y obtenían mejores logros en los últimos grados. Los niños desarrollaron mayor autoestima y aspiraciones hacia el futuro, lo cual tiende a frenar el comportamiento antisocial. Aunque los beneficios tempranos para el desempeño escolar no siempre se mantienen, los graduados de Perry School mostraron menos comportamiento antisocial en la adolescencia y en la edad adulta temprana que otros pares igualmente desprotegidos (Berrueta-Clement *et al.*, 1985; Berrueta-Clement, Schweinhart, Barnett y Weikart, 1987; Schweinhart *et al.*, 1993).

Otras intervenciones en la niñez temprana que han logrado buenos resultados a largo plazo en la prevención del comportamiento antisocial y la delincuencia son el Syracuse Family Development Research Project, el Yale Child Welfare Project y el Houston Parent Child Development Center. Cada uno de estos programas se dirigió a jóvenes urbanos de alto riesgo y duró por lo menos dos años en los primeros cinco años de la vida del niño. Todos influyeron en los niños tanto directamente –a través de cuidados diarios y educación de alta calidad– como indirectamente –mediante apoyo y asistencia familiar se ajustaron a sus necesidades– (Yoshikawa, 1994; Zigler *et al.*, 1992). Algunos programas enseñaron a los padres a disciplinar y motivar a sus hijos, y a construir relaciones con sus profesores (Seitz, 1990).

En términos de la teoría bioecológica de Bronfenbrenner (remítase al capítulo 2), estos programas operaron sobre el mesosistema afectando las interacciones entre dos o más instituciones de las cuales forma parte el niño: el hogar y el centro educativo o de cuidados. Los programas también se dirigieron al exosistema al crear redes de apoyo a los padres y vincularlos con proveedores de asistencia médica prenatal y posnatal en la comunidad, consejería educativa profesional y otros servicios (Yoshikawa, 1994; Zigler *et al.*, 1992). A través del enfoque de multiengranaje, estas intervenciones tuvieron efecto sobre varios factores de riesgo temprano para la delincuencia.

Un programa de prevención dirigido a estudiantes de primero a sexto grados en áreas multiétnicas de alta criminalidad en Seattle, redujo de manera significativa el comportamiento criminal adolescente, así como la actividad sexual y el consumo de bebidas fuertes. En vez de atacar de modo directo esos aspectos, el programa proporcionó entrenamiento a profesores, padres y estudiantes en habilidades diseñadas para incrementar las competencias académicas y sociales de

Considere lo siguiente...

- ¿Cómo debería tratar la sociedad a los delincuentes juveniles?

los jóvenes y apegarlos a la escuela. Los profesores aprendieron métodos de instrucción y habilidades para manejar el salón de clase y fomentar el aprendizaje cooperativo. Los padres aprendieron a manejar el comportamiento de los hijos y a ayudarles a desempeñarse mejor en la escuela. Los jóvenes aprendieron a resolver problemas entre ellos sin recurrir a la agresión y a resistir la presión negativa de los pares, es decir, a permanecer alejados de problemas sin perder a los amigos. Seis años después, a la edad de 18 años, era 19% menos probable que los jóvenes pertenecientes al programa se involucraran en actos de violencia, 38% menos probable que bebieran con más frecuencia, 13% menos probable que tuvieran relaciones sexuales, 19% menos probable que tuvieran varios compañeros sexuales y 35% menos probable que las jóvenes resultaran embarazadas o que los jóvenes las embarazaran (Hawkins *et al.*, 1999).

Las intervenciones también deben dirigirse a los jóvenes mayores. Además de señalar características de los adolescentes en dificultades, es importante buscar maneras de reducir la exposición de los jóvenes a escenarios de alto riesgo que estimulan el comportamiento antisocial. Una manera de lograrlo es monitorear las actividades de los adolescentes, en especial las extraescolares, las de fines de semana y de verano, cuando es muy probable que estén ociosos y se metan en dificultades. Como demuestra la experiencia de Jackie Robinson, formar adolescentes comprometidos en actividades constructivas durante su tiempo libre puede producir muy buenos dividendos (Larson, 1998). El entrenamiento de los padres también puede ayudar (Dishion *et al.*, 1999), en especial en las familias que experimentan conflictos entre padres, divorcio o depresión (Klein *et al.*, 1997). Algunos programas han ayudado enseñando habilidades sociales y profesionales a los delincuentes (NCR, 1993a).

No obstante, las intervenciones dirigidas a promover actitudes prosociales en el grupo de pares pueden convertirse por accidente en un bumerán al ofrecerles oportunidades mejoradas de entrenamiento para el descarrío. En uno de los experimentos realizados, los adolescentes de alto riesgo asignados aleatoriamente a un grupo de intervención enfocado hacia los pares mostró mayores incrementos subsiguientes en el hábito de fumar, el comportamiento agresivo en el salón de clase y la delincuencia, comparados con grupos asignados a entrenamiento enfocado hacia los padres o que no tenían entrenamiento especial. Los resultados no fueron mejores para los adolescentes en los que la intervención se enfocaba en los padres ni para aquellos en que estaba enfocada en los pares (Dishion *et al.*, 1999).

Por fortuna, la gran mayoría de adolescentes no se mete en problemas graves. Aquellos que muestran comportamiento disruptivo pueden, y deben, ser ayudados. Con amor, guía y apoyo, los adolescentes pueden evitar los riesgos, aprovechar sus fortalezas y explorar sus posibilidades a medida que se aproximan a la edad adulta.

EVALUACIÓN

¿Puede usted...

- ✓ explicar cómo la influencia de los padres, los pares y el barrio pueden promover comportamientos antisociales y delincuencia juvenil?
- ✓ dar ejemplos de programas que hayan sido exitosos en la prevención de la delincuencia y otros comportamientos de riesgo?

¿Existe el "adolescente universal"?

¿Qué tanto varía el mundo psicosocial de la adolescencia en culturas tan diversas como las de Australia y Bangladesh? ¿La revolución de las comunicaciones está convirtiendo el mundo en una aldea global y acabando las diferencias culturales entre los jóvenes que lo habitan?

Para responder a preguntas como éstas, Daniel Offer y sus colegas (Offer *et al.*, 1988) aplicaron el Cuestionario de autoimagen de Offer a 5,938 adolescentes de diez países: Australia, Bangladesh, Hungría, Israel, Italia, Japón, Taiwán, Turquía, Estados Unidos y Alemania Occidental. Los jóvenes respondieron a preguntas sobre sí mismos en cinco aspectos: 1) el *yo psicológico*: control de los impulsos, variaciones del estado de ánimo y de las emociones, y los sentimientos sobre sus cuerpos, 2) el *yo social*: relaciones con los pares, actitudes morales y

¿En qué se diferencia la adolescencia en las diferentes culturas, y cuáles son las características comunes?

metas educativas y profesionales, 3) el *yo sexual*: actitudes hacia la sexualidad y el comportamiento sexual, 4) el *yo familiar*: sentimientos frente a los padres y atmósfera del hogar, y 5) el *yo protector*: capacidad para relacionarse con el mundo.

Los investigadores encontraron rasgos interculturales comunes en cada uno de los cinco "yo", en especial el familiar, el social y el protector. Casi 9 de cada 10 adolescentes de cualquier país tenían sentimientos positivos hacia sus padres, valoraban el trabajo y la amistad e intentaban aprender del fracaso. Existía menos coherencia en los aspectos psicológicos y sexuales, donde las circunstancias socioeconómicas y las costumbres locales eran muy importantes. No obstante, estos "adolescentes universales" decían que estaban felices, se sentían capaces de enfrentar la vida, tomar decisiones y emplear el autocontrol, cuidaban de los demás, les gustaba estar con ellos y aprender de ellos, disfrutaban el trabajo bien hecho, confiaban en su sexualidad, no guardaban rencor a sus padres, veían a padres y madres como personas que se llevaban bien la mayor parte del tiempo y esperaban ser capaces de asumir responsabilidades a medida que crecían. En conjunto, los investigadores juzgaron que por lo menos 73% de la muestra tenía una "autoimagen adolescente saludable" (p. 124).

En cada país, los adolescentes mostraban fortalezas y debilidades características; en ningún país estaban mejor o peor adaptados en todos los aspectos. En Bangladesh, uno de los países más pobres del mundo, incluso los adolescentes de clase media tenían bajo control de impulsos, se sentían solitarios, tristes y vulnerables, y tenían una pobre imagen corporal. También informaron los mayores problemas con los pares y la más alta tasa de depresión (48%). En Taiwán, donde aún subsisten los tabúes sexuales tradicionales, gran cantidad de jóvenes parece temerosa del sexo e inhibida frente a éste. Por otra parte, los jóvenes bengalíes y taiwaneses parecen superiores en el goce de resolver problemas difíciles y la disposición a descubrir cómo enfrentar nuevas situaciones. Cuanto más baja es la producción económica de un país y mayor la proporción de adolescentes que deben competir por tener un sitio en la escuela y por conseguir empleos, menos positivos eran el aspecto emocional de los adolescentes y sus relaciones con los pares.

En las diversas culturas aparecieron diferencias coherentes de edad y género. Los adolescentes mayores eran menos tímidos que los más jóvenes, estaban más dispuestos a aprender de los demás y aceptaban más las críticas sin rencor. Los adolescentes mayores también estaban más satisfechos con su sexualidad y tenían puntos de vista más realistas sobre las relaciones familiares.

Los varones se sentían más seguros de sí mismos que las mujeres, menos temerosos de la competencia, más orgullosos de su cuerpo y más interesados en el sexo. Las mujeres demostraban mayor empatía y cuidados, eran más responsables socialmente y mostraban mayor compromiso con el trabajo y el estudio. Del mismo modo, en cuestionarios respondidos por 154 varones y 119 mujeres estudiantes de secundaria en Turquía, los varones tendían a evaluarse a sí mismos en términos de atributos físicos y habilidades cognitivas, mientras las mujeres destacaban el altruismo y las habilidades sociales y de comunicación (Yildirim, 1997).

En gran parte, Offer y sus colegas atribuyeron la "sorprendente unidad de la experiencia adolescente" en todas las culturas a la influencia de los medios, que proporciona a los jóvenes una "conciencia colectiva" de lo que sucede en la vida de los demás en todo el mundo (Offer *et al.*, 1988, p. 114). A través del ojo de la televisión, los adolescentes se ven a sí mismos como parte de una cultura mundial.

Se debe tener mucho cuidado de no formular generalizaciones demasiado amplias basadas en estos resultados porque las muestras incluyeron sólo jóvenes escolares de clase media, urbanos o semiurbanos en su mayoría. Así mismo, algunas preguntas del cuestionario pueden haber tomado significados diferentes en la traducción. Sin embargo, esta investigación proporciona un cuadro interesante de los aspectos universales y de los no tan universales de la adolescencia.

Los cambios normales en el desarrollo durante las primeras etapas de la vida son obvios e importantes signos de crecimiento. El bebé que descansa en la cuna se con-

EVALUACIÓN

¿Puede usted...

- ✓ identificar en los adolescentes las similitudes y las diferencias interculturales en cuanto a autoimagen, actitudes y personalidad?

vierte en un activo caminador que explora. El niño entra y abraza el mundo de la escuela y la sociedad. El adolescente, con nuevo cuerpo y nueva conciencia, se prepara para entrar en la edad adulta.

El crecimiento y el desarrollo no se detienen después de la adolescencia. Las personas cambian de muchas maneras en la edad adulta temprana, intermedia y tardía, como se verá en lo que resta de este libro.

Resumen

Búsqueda de la identidad

Guía 1. ¿Cómo construyen los adolescentes la identidad?

- Una de las preocupaciones principales durante la adolescencia es la búsqueda de la identidad, que tiene componentes ocupacionales, sexuales y de valores. Erik Erikson describió la crisis psicosocial de la adolescencia como el conflicto de **identidad frente a confusión de identidad**. La "virtud" que debe surgir de esta crisis es la *fidelidad*.
- James Marcia, apoyado en la teoría de Erikson, describió cuatro **estados de identidad** que combinan de manera diferente **crisis y compromiso: logro de identidad** (crisis que conduce al compromiso), **aceptación sin raciocinio** (compromiso sin crisis), **moratoria** (crisis y no compromiso) y **difusión de identidad** (ni compromiso ni crisis).
- Los investigadores difieren en si las mujeres y los varones siguen caminos diferentes para construir la identidad. Algunas investigaciones señalan que la autoestima de las mujeres tiende a decaer en la adolescencia, aunque las últimas investigaciones no apoyan esos resultados.
- Los factores étnicos son una parte importante de la identidad, en especial entre los adolescentes de las minorías.
- Según David Elkind, el desarrollo de una identidad estable y saludable se logra mediante un lento proceso de diferenciación e integración. En vez de ésta, en la actualidad muchos jóvenes desarrollan un **yo fragmentado** muy vulnerable al estrés y las influencias externas.

Sexualidad

Guía 2. ¿Qué determina la orientación sexual?

- La **orientación sexual** (heterosexual, homosexual o bisexual) parece influenciada por una interacción de factores biológicos y ambientales y, por lo menos parcialmente, genéticos.

Guía 3. ¿Qué actitudes y prácticas sexuales son comunes entre los adolescentes, y qué los lleva a desarrollar comportamientos sexuales de alto riesgo?

- Las actitudes y los comportamientos sexuales son más liberados que en el pasado. Existe más aceptación de las relaciones sexuales prematrimoniales y la homosexualidad, y ha disminuido la doble moral.
- La actividad sexual en la adolescencia implica riesgos de embarazo y enfermedades de transmisión sexual. Los adolescentes que corren mayores riesgos son aquellos que comienzan temprano la actividad sexual, tienen varios com-

pañeros, no usan anticonceptivos y están mal informados acerca del sexo.

Guía 4. ¿Qué tan comunes son las enfermedades de transmisión sexual y el embarazo en la adolescencia, y cuáles son sus consecuencias habituales?

- Las **enfermedades de transmisión sexual (ETS)** han sido muy comunes desde los años de 1960. Las tasas más elevadas de los países industrializados las tienen los Estados Unidos. De cada tres casos, uno ocurre entre adolescentes. Es probable que en las mujeres estas enfermedades se desarrollen sin detectarse más que en los hombres, así como en los adolescentes comparados con los adultos.
- Durante los años de 1990 el embarazo en la adolescencia y la tasa de natalidad han disminuido en los Estados Unidos. Muchos de los nacimientos ocurren entre madres solteras. Con frecuencia, el embarazo y el parto en la adolescencia tienen consecuencias negativas en la salud. Las madres adolescentes y sus familias tienden a experimentar dificultades económicas, y a menudo la crianza de los hijos no es adecuada.

Relaciones con la familia, los pares y la sociedad adulta

Guía 5. ¿Qué tan típica es la "rebeldía adolescente"?

- Aunque las relaciones entre los adolescentes y sus padres no siempre son tranquilas, la **rebeldía adolescente** no parece ser usual, y con frecuencia los padres y sus hijos adolescentes comparten los mismos valores.

Guía 6. ¿Cómo se relacionan los adolescentes con los padres, hermanos y pares?

- Los adolescentes pasan una gran cantidad creciente de tiempo con sus pares, aunque mantienen relaciones estrechas con los padres quienes influyen en ellos.
- Los conflictos con los padres tienden a ser más frecuentes en la adolescencia temprana y se intensifican en la adolescencia tardía. La crianza democrática se asocia a resultados positivos.
- El efecto que el empleo de las madres tiene en el desarrollo de los adolescentes depende de factores como calidez de las madres y satisfacción con el papel materno, estrés en el hogar y en el trabajo, y de si el empleo es de tiempo parcial o completo. Los efectos del divorcio y de la crianza con un solo padre pueden ser menos severos de lo que se ha creído y quizá dependan de las circunstancias individuales. El estrés económico afecta tanto a las familias monoparentales como a las biparentales.

- Las relaciones con los hermanos tienden a ser más igualitarias y distantes durante la adolescencia.
- El grupo de pares puede influir negativa o positivamente. Los jóvenes rechazados por los pares tienden a tener mayores problemas de adaptación.
- Las amistades, en especial entre mujeres, son más íntimas y de más apoyo durante la adolescencia.

Guía 7. ¿Cuáles son las causas del comportamiento antisocial y la delincuencia juvenil, y qué puede hacerse para reducir éste y otros riesgos de la adolescencia?

- La mayoría de los delincuentes juveniles crece cumpliendo la ley. La delincuencia crónica se asocia a múltiples factores de riesgo que interactúan, incluidos la crianza inadecuada, la deserción escolar, la influencia de los pares

y la baja condición socioeconómica. Los programas que atacan esos factores a temprana edad han tenido éxito.

¿Existe el adolescente universal?

Guía 8. ¿En qué se diferencia la adolescencia en las diferentes culturas, y cuáles son las características comunes?

- La investigación transcultural ha encontrado rasgos comunes sorprendentes en la autoimagen, las actitudes y la capacidad para enfrentar dificultades de los adolescentes. En las áreas culturales y psicológicas, las semejanzas son menos. En todas las culturas existe la diferencia de edad y de género.

Términos clave

identidad frente a confusión de identidad (447)	aceptación sin ratiocinio (450)	homosexual (454)
estados de identidad (449)	moratoria (451)	bisexual (454)
crisis (449)	difusión de identidad (451)	enfermedades de transmisión sexual (ETS) (456)
compromiso (449)	yo fragmentado (453)	rebeldía adolescente (463)
logro de identidad (450)	orientación sexual (453)	
	heterosexual (454)	